

## Un suceso sobrenatural

JOSÉ ROBERTO SARAVIA VARGAS

Antes de relatarles mi historia, permítanme aclararles que yo no creía en lo paranormal. Es más, cuando alguien tocaba el tema en una reunión social, la mayoría de las veces era yo quien primero bromeaba al respecto, lo cual provocaba a veces frustración o enojo al narrador. Ese soy yo... o mejor dicho, ese era yo: siempre burlándome de las historias que desafiaban las leyes naturales... hasta el día en que lo inexplicable me ocurrió precisamente a mí.

Sí... comprenderé si alguno de ustedes etiqueta mi relato de disparatado o inverosímil. Comprenderé si alguno no puede contener un gesto burlón o incluso si se ríe abiertamente en mi cara. Algunos lo llaman “karma”, y gracias a mi extraña experiencia, casi estoy empezando a creer en fuerzas incomprensibles y poco fundadas en las leyes naturales a las que me aferré desde que tengo memoria.

También contestaré a priori las preguntas de rigor. No, no me encontraba bajo los efectos de ninguna sustancia ni tampoco navegaba plácidamente en el cómodo velero del sueño. Estaba despierto y totalmente consciente de mis actos. De hecho, hacía poco había abandonado mi hogar en la colina y, aprovechando la temporada, caminaba a un par de kilómetros del cañón con el fin de cazar algún animal silvestre con el cual surtir mi despensa por una semana al menos.

Solamente los que han ido alguna vez de cacería como yo pueden comprender el estado de agudeza mental y sensorial que es imprescindible si se desea tener éxito y no regresar a casa con las manos vacías y el fracaso plasmado en el rostro. Los animales silvestres son ágiles y huyen a la menor señal de peligro, por lo que los cazadores no podemos caminar distraídamente con la mente va-

gando en mundos inexistentes. Uno debe aguzar la vista al máximo y debe estar pendiente hasta del más mínimo ruido, ya que el crujir de un poco de yesca puede significar la diferencia entre divisar la presa o ahuyentarla.

Yo me dirigía justamente al paraje donde la caza es más abundante, así que ya empezaba a entrar en ese estado de agudeza al que llamo “búsqueda implacable”. Los vegetarianos, por supuesto, me detestarían si pudieran ver la emoción que dicho estado me provoca, pero bueno...¿qué puedo hacer? Sencillamente me encanta cazar...es mi pasión. Más que una pasión, es prácticamente mi modo de vida...y a pesar de la censura por parte de algunos, pienso que no hay nada malo en el rústico estilo de vida que llevo. Ellos son refinados y comen vegetales; yo construí solo mi modesta casa en la colina y mientras las fuerzas me lo permitan, seguiré viviendo la vida tosca que me agrada: bajo el sol, bajo la lluvia y procurando mi comida por mi propia cuenta. Las sociedades, con su complicada jerarquía y especialización sencillamente no son lo mío. Las grandes colonias de individuos que han trocado su libertad por un modo de vida más predecible y múltiples comodidades incómodas en realidad me hacen perder la paciencia. Ellos me ven como un cavernario, pero me tiene sin cuidado: cavernario seré, entonces.

Me estoy alejando del tema, por lo cual solamente agregaré que la sugestión tampoco fue la causa o el detonador de los acontecimientos que me dispongo a describir. Repito: jamás creí en lo sobrenatural. Es más, aún siento un poco de vergüenza al confesarles lo que ocurrió. Si lo hago ahora, es únicamente porque los considero mis amigos y confío en ustedes. No me interesa si me creen o no; sencillamente lo relataré porque es la verdad.

El nuevo día recién había empezado. El sol apenas empezaba a dibujarse tímidamente en el horizonte cuando yo salí de mi casa caminando con dirección al cañón. Estaba aún oscuro, pero mis ojos, acostumbrados a la oscuridad gracias a mi disciplina como cazador podían ver bastante bien. El rumbo lo tenía grabado desde mi juventud, cuando llegué a la colina atraído por la promesa de una vida tranquila y apacible. No exagero si agrego que con mis ojos cerrados podría aventurarme a caminar hasta el paraje sin siquiera tropezar. Iba feliz, esperando con atrapar un animal relativamente grande para darme un festín ese día y guardar suficiente en mi amplia alacena para el resto de la semana.

Desgraciadamente, no divisé nada en el lugar habitual, así que decidí probar suerte más cerca del cañón. A veces los animales silvestres pasean al borde del cañón, tal vez atraídos por la frescura de la pequeña laguna que reposa en el fondo. Si no hallaba nada allí tampoco, tendría que descender por el empinado risco hasta llegar a la laguna. Aunque era peligroso -yo había resbalado varias veces antes y me había lastimado- de seguro podría hallar algo allí. No obstante, me desanimaba el hecho de que para el momento en que completara mi descenso, probablemente encontraría sólo animales pequeños...

Con un gesto optimista y mi tonada favorita alejé los pensamientos anteriores y seguí caminando hacia el cañón. Conforme me acercaba a mi destino, mis pasos se volvían más cuidadosos. Mis ojos buscaban por doquier tratando de encontrar una silueta en la oscuridad; mis oídos se afinaban de manera que

podía escuchar hasta el sonido de mi propia sombra, la cual gracias a un sol más fortalecido, ya se podía divisar tenuemente mientras se arrastraba por el irregular terreno, justo a mis pies.

Lo que siguió es difícil de describir. Repentinamente, una luz intensa cubrió todo el lugar. Jamás había visto algo así en toda mi vida. Era como si el sol hubiese decidido descender de una sola vez a la tierra...pero era un sol frío: aunque la luz me cegaba, no percibía calor. Mis ojos, que estaban graduados para la oscuridad de hacía unos segundos, tardaban en adaptarse al nuevo resplandor... Sobrecogido por la sorpresa, me arrinconé a un gran paredón monolítico justo al borde del cañón.

Después, sucedió algo todavía más extraño. Tal vez fue un terremoto, aunque personalmente lo dudo mucho. Era como si mi peso -el peso miserable de un individuo en comparación con el del gigantesco bloque al que me había arrinconado- hubiese falseado las bases del paredón. Fue una sensación muy peculiar... tal vez como si yo, provisto de una fuerza titánica, hubiese empujado sin intención la gran roca y cayese junto con ella al vacío.

De repente, el paredón al que me aferraba por mi vida cambió de dirección. En lugar de descender y estrellarse con el fondo del acantilado junto a la pequeña laguna, describió un movimiento elíptico y ascendió velozmente. La extraña maniobra logró que yo perdiera mi asidero y solamente yo caí. Incluso podía divisar a contraluz al traicionero bloque pétreo elevarse como si fuese un gigantesco escarabajo mientras yo me precipitaba al fondo del cañón, donde de seguro me esperaba la muerte.

Sentí un dolor intenso y punzante en uno de mis brazos al final de mi caída. Sin embargo, no era la muerte quien me esperaba en el fondo del acantilado, sino el océano. Sí, pueden reírse si lo desean, ya que por supuesto estarán pensando que mi historia alcanzó su punto más febrilmente fantasioso. Supongo que no faltará quien piense que, en un increíble golpe de suerte, caí en la laguna y la confundí con el océano en mi alocado delirio. Permítanme observar un punto importante: la laguna no es muy profunda; de hecho ni siquiera me cubre. Solamente cuando llueve copiosamente su profundidad se duplica, pero incluso en ese estado yo la he cruzado a nado varias veces. El lugar donde caí era el mar. Era un agua salada y ciertamente muy alejada del reposo característico de toda laguna. Incontables olas de gran tamaño me sacudían a su antojo mientras que yo, con un brazo totalmente dislocado, nada podía hacer. Luchaba con todas mis fuerzas por nadar, pero no conseguía más que hundirme y aumentar el agudo dolor en mi brazo mientras era presa del vaivén furioso de las olas.

Ignoro cuánto tiempo pasé luchando por sobrevivir... solamente sé que mis fuerzas terminaron por disolverse en la espuma de las olas junto con mis esperanzas. Había llegado mi fin; no podía luchar más. Moriría víctima de un evento que ni siquiera podía describir. ¿Encontraría alguien mi cadáver? ¿A qué causa atribuirían mi deceso? Por absurdo que parezca, tuve tiempo de pensar en dichos menesteres.

Justo cuando pensé en abandonarme a mi destino final, algo rozó mi cuerpo. Era un pedazo de madera... ni siquiera intenté atraparlo, pero parece que si en

realidad existe un Dios, dicha deidad decidió salvarme. Sin que yo lo intentara, ya estaba sobre el trozo de madera. De nuevo sentí un vacío en mi interior... en cuestión de segundos estaba arriba, muy sobre el océano y a salvo junto al paredón... totalmente empapado, con la vista nublada por el agua y jadeando por el miedo y la confusión.

Desde ese día jamás regresé al cañón. Como prueba de mi terrible experiencia solamente me queda una extremidad que, si bien sanó casi totalmente, perdió buena parte de su antigua movilidad... también me queda un recuerdo estremecedor que me atormenta día tras día con acertijos indescifrables... jamás sabré qué causó semejante fenómeno...

\*\*\*

El pequeño Mario se había levantado muy temprano para ir de paseo. Cuando tomó el jabón, una diminuta araña cayó en la ducha por accidente y al verla ahogarse irremediadamente, sintió lástima. Usando un fósforo que encontró, colocó rápidamente al arácnido de nuevo al lado de la jabonera junto a la ventana para que regresara de donde fuera que hubiese venido.